



LA RAZÓN HISTÓRICA.
 Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
 ISSN 1989-2659
 Número 51, Año 2021, páginas 231-256
www.revistalarazonhistorica.com

LAS RELACIONES ENTRE LA ESPAÑA DE FRANCO Y LA LIBIA DE GADAFI (1969-1975): CORDIALIDAD Y VACILACIÓN

Pablo Guerrero García

*Profesor de Historia de Occidente, Unión Europea
 y Literatura Comparada en la Universidad
 Francisco de Vitoria.*

<https://orcid.org/0000-0003-2535-6540>

RELATIONS BETWEEN FRANCO'S SPAIN AND GADDAFI'S LIBYA (1969-1975): CORDIALITY AND HESITATION

RESUMEN. Este artículo de investigación aborda las relaciones políticas, económicas y culturales entabladas por España y la República Árabe Libia entre septiembre de 1969, momento en que Muamar al-Gadafi toma el poder en Trípoli, y noviembre de 1975, fecha de la muerte del general Franco. Apoyándose primordialmente en fuentes primarias, entre las que se cuentan informes, cartas y telegramas inéditos hasta la fecha, el artículo expone cómo los vínculos entre los dos países continuaron siendo cordiales tras el advenimiento de un régimen revolucionario y antioccidental en Libia, si bien las relaciones bilaterales se vieron enturbiadas por la descolonización del Sáhara español.

Palabras clave: España/ Libia/ revolución de septiembre/ petróleo/ Sáhara español

ABSTRACT. This research article examines the political, economic and cultural relations established between Spain and the Libyan Arab Republic from September 1969, when Muammar al-Gaddafi seized power in Tripoli, to November 1975, when General Franco died. Drawing primarily on primary sources, including unpublished reports, letters and telegrams, the article outlines how the ties between the two countries remained cordial in the wake of the advent of a revolutionary and anti-Western regime in Libya, although bilateral relations were marred by the decolonization of the Spanish Sahara.

Keywords: Spain/Libya/September Revolution/oil/Spanish Saha

INTRODUCCIÓN

El propósito del presente trabajo de investigación no es otro que el de paliar el flagrante vacío historiográfico existente a propósito de las relaciones hispano-libias en el periodo comprendido entre septiembre de 1969, fecha del golpe de Estado que aupó al entonces teniente Gadafi al poder en Libia, y la muerte del general Franco en noviembre de 1975. Si bien es verdad que la literatura académica dedicada a la política exterior del franquismo y de la Libia revolucionaria es copiosísima, concentrándose, en este último caso, los trabajos académicos en la acción exterior desplegada por el país norteafricano desde los años ochenta hasta el sangriento final del régimen gadafista en 2011¹, el hecho es que son contados estudios rigurosos que aborden las relaciones entre ambos regímenes. Acaso por haberse juzgado los vínculos políticos y económicos forjados por Madrid y Trípoli, al menos por los historiadores e internacionalistas españoles, como de importancia secundaria debido al papel supuestamente subsidiario desempeñado por aquellos en la acción exterior tanto de España como de Libia. En lengua española, únicamente Jesús Jurado Anaya, profundo conocedor de la historia y de la evolución política libias, ha analizado las relaciones entre los dos países, aunque lo ha hecho como parte de un estudio acerca de los vínculos de Madrid y Trípoli en los sesenta años comprendidos desde el acceso a la independencia del país norteafricano en 1951 hasta la guerra de Libia de 2012². Además, dicho trabajo de investigación no se apoya en documentación archivística, sino que su aparato documental consta primordialmente de fuentes secundarias completadas con referencias a periódicos.

Partiendo de la hipótesis de que la cooperación entablada entre la España de Franco³ y la Libia de Gadafi⁴ tuvo un alcance apreciablemente mayor de lo que, a tenor del

¹ Cabe citar a modo de ejemplo los trabajos de RONEN, Y. *Qaddafi's Libya in World Politics*, Lynne Rienner, Boulder, 2008; de SIMONS, G., *Libya and the West: from Independence to Lockerbie*, Centre for Libyan Studies, Oxford, 2003; y de SAMMUT, D. "At Forty, the Libyan Revolution Finally Matures", *Mediterranean Politics*, Vol. 14. No. 3, (Noviembre 2009). El estrechamiento de las relaciones entre Libia y la Unión Europea registrado entre 2003 y 2011 es objeto de estudio en URUBURU COLSA, Juan Manuel, *Libia y Europa: encuentros y desencuentros*, CantArabia, Madrid, 2014.

² JURADO ANAYA, Jesús, "Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia", *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, nº12 (enero-junio 2012). Disponible en: <https://revistas.uam.es/reim/article/view/876>

La profesora María Dolores Algora Weber se refiere sucintamente a las relaciones hispano-libias correspondientes a este periodo en su trabajo acerca de las relaciones hispano-árabes en su conjunto. ALGORA WEBER, M^a Dolores: "La política exterior española y la política internacional: efectos sobre las relaciones hispano-árabes en la historia contemporánea", en LÓPEZ GARCÍA, Bernabé y HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo árabe-musulmán. Diplomacia e historia*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 147-160.

³ Entre los múltiples estudios generales dedicados a la política exterior del régimen de Franco cabe citar los siguientes: ESPADAS BURGOS: *Franquismo y política exterior*, Ediciones Rialp, Madrid, 1988; y TUSELL, Javier (ed.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores* (Vol. II), Madrid, UNED, 1993.

⁴ El profesor Dirk Vandewalle ha dedicado varios trabajos exhaustivos a la Libia moderna en general y al régimen de Gadafi en particular: *Libya since independence. Oil and state-building*, Nueva York,

silencio historiográfico casi total a propósito de la cuestión, se ha creído hasta la fecha, y con el fin de que el artículo sea juzgado como una contribución estimable y rigurosa al estudio de la política exterior del franquismo, en general, y a la relación de éste con el mundo árabe-musulmán, en particular, se ha buscado dotar a esta investigación de un sólido aparatage documental basado en fuentes primarias. Ahora bien, a las acostumbradas dificultades para hacer localizar documentación en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, los cuales se custodian en el Archivo General de la Administración sito en Alcalá de Henares, debido a la ausencia de inventario, se ha unido en esta ocasión las restricciones de acceso a esos fondos documentales debido a la pandemia de COVID-19. Ello ha obligado al autor que suscribe a recurrir a otros archivos, primordialmente al Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, donde se han encontrado algunos despachos y telegramas de considerable interés, aunque también se han consultado con aprovechamiento los fondos digitales del Archivo del Departamento de Estado de los Estados Unidos, un admirable ejemplo de transparencia al servicio de la investigación historiográfica. No se han rehuido en cualquier caso las fuentes hemerográficas, resultando de especial valor la entrevista que el periodista Vicente Talón realizó a un orgulloso Gadafi para el diario *Pueblo* en septiembre de 1971. También se han empleado fuentes memorísticas, en particular, la obra retrospectiva del embajador Carlos Robles Piquer⁵, que ha permitido mitigar la laguna documental de la que, debido a la imposibilidad de consultar los despachos, cartas y telegramas que alberga el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, adolece este artículo en su último epígrafe. Huelga decir que las futuras investigaciones sobre las relaciones hispano-libias, que forzosamente deberán apoyarse en la documentación que a este autor que le han sido vedadas, completarán y enriquecerán las conclusiones alcanzadas en el presente trabajo.

En cuanto a la metodología empleada, se ha optado por una exposición histórico-cronológica de los hitos que presidieron las relaciones hispano-libias en el periodo estudiado, aunque se ha juzgado preciso iniciar la narración antes del 1 de septiembre de 1969, puesto que, como se expondrá, el fin de la monarquía en Libia y la asunción del poder por Gadafi no supondrá un cambio significativo en los fundamentos de las para entonces cordiales relaciones entre Trípoli y Madrid. Fue José Ortega y Gasset quien señaló que es la narración, cuando está dotada de genuina “historicidad”, el mejor medio de entender las realidades humanas⁶.

Cornell University Press, Nueva York, 1998; *Libya since 1969. Qaddafi's revolution revisited*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2008; y *A history of modern Libya*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.

Resulta asimismo muy estimable la historia general de Libia obra del periodista e historiador británico John Wright: *A History of Libya*, Hurst & Company, Londres, 1998. El apasionado y riguroso trabajo de A.M. Scott sobre el advenimiento de la República Árabe Libia y la política exterior e interior de ésta hasta mediados de los años setenta no ha perdido un ápice de vigencia: SCOTT, A.M., *Proceso a Gaddafi*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1976.

⁵ ROBLES PIQUER, *Memorias de cuatro Españas*, Editorial Planeta, Barcelona, 2011.

⁶ ORTEGA Y GASSET, José, *Una interpretación de la historia universal*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1989, pp. 108-109.

Asimismo, en la primera parte del texto el relato histórico se interrumpe ocasionalmente con breves digresiones acerca de la naturaleza tribal del Reino de Libia, el impacto que en aquel país tuvo el hallazgo de petróleo de gran calidad y fácil extracción en 1959 y la postrera incapacidad del rey Idris I para dotar a su régimen de genuino apoyo popular.

PRIMERA DÉCADA DE RELACIONES DIPLOMÁTICAS (1959-1969)

La España de Franco estableció relaciones diplomáticas con el Reino Unido de Libia a nivel de Legaciones en 1959. Dos años más tarde, en junio de 1961, dicha representación diplomática fue elevada al rango de Embajada. El primer embajador español en Trípoli, el veterano diplomático Juan Serrat y Valera, presentaría sus cartas credenciales en febrero de 1962. Tres años antes, coincidiendo con la forja de vínculos diplomáticos formales entre los dos países, Madrid y Trípoli suscribieron un Convenio cultural⁷ en virtud del cual se acordaba, entre otros intercambios usuales en esta clase de instrumentos, facilitar la realización de visitas y viajes de estudio de profesores y artistas, así como el compromiso de colaborar estrechamente en la creación de cátedras de lengua y literatura árabe y de cultura en las universidades y centros culturales españoles; y recíprocamente cátedras de lengua y literatura españolas en las Universidades y centros culturales libios.

El carácter moderado y prooccidental que caracterizaba a la monarquía libia, además de presagiar un fructífero entendimiento entre los dos países, era del agrado del régimen español, que veía en aquel joven reino un valladar frente la penetración soviética en la ribera sur del Mediterráneo⁸.

En los años que siguieron al establecimiento de relaciones diplomáticas y hasta la caída de la monarquía en 1969, España apoyó el ingreso de Libia en organismos como el Consejo de la Organización Internacional, el Consejo Ejecutivo de la Organización Mundial de la Salud y el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. El voto favorable español atrajo, además, al de algunas naciones iberoamericanas. En cuanto a la postura del Reino de Libia sobre las reivindicaciones españolas en Naciones Unidas, el apoyo fue expreso en la cuestión de Gibraltar, si bien el alineamiento con los intereses españoles no fue tan franco y entusiasta como el de otros países árabes. El Ministerio de Asuntos Exteriores atribuiría esas vacilaciones tanto a las excelentes relaciones que Trípoli mantenía con el Reino de Marruecos como a la acusada influencia que el Reino Unido ejercía en Libia, donde

⁷ *Convenio cultural entre España y Libia, Trípoli, 5 de mayo de 1959*, Imprenta del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1962.

⁸ Nota informativa, "Relaciones entre España y el Reino de Libia", junio de 1968, Ministerio de Asuntos Exteriores, África y Próximo Oriente. Archivo de la Fundacional Francisco Franco (AFNFF), documento nº23029.

Londres aún contaba con pequeños contingentes militares terrestres y aéreos⁹. Una vez hubo presentado el primer embajador español las cartas credenciales en Trípoli, ambos Gobiernos discutieron la posibilidad de suscribir un Tratado de amistad hispano-libio, si bien éste nunca vería la luz.

Además de la prestación de una apreciable asistencia tecno-sanitaria¹⁰, la ayuda española a Libia se tradujo hasta 1968 en la contratación por el Gobierno libio de un total de 30 arquitectos y delineantes españoles. Por su parte, los grupos industriales Tecniberia y Auxim, asociados con el Ministerio de Planificación y Desarrollo, prestaron asistencia técnica en materia industrial. Asimismo, en 1965 se plantean iniciativas de cooperación militar como parte del reforzamiento de las instituciones centrales del Estado libio, el cual, debido a la hegemonía de las milicias tribales, carecía desde su acceso a la independencia en 1951 de unas genuinas Fuerzas Armadas con implantación en todo el territorio del país. La colaboración con España, merced a la posición favorable a la causa árabe mantenida por Madrid, podría haber supuesto para la monarquía de Idris I un desgaste político menor que la colaboración abierta mantenida hasta entonces con las potencias occidentales¹¹.

En cualquier caso, fue en el sector petrolero donde la cooperación entre los dos Estados en este periodo resultó más estrecha. El hallazgo de los ricos yacimientos de crudo en 1959 y su ulterior puesta en explotación por empresas extranjeras, convulsionó el precario ordenamiento territorial federal en el que descansaba la monarquía libia, que se sumió en una corrupción rampante al mismo tiempo que permitía que las compañías foráneas radicadas en el país hicieran y deshicieran a su antojo. La riqueza petrolera iba a desencadenar la reforma constitucional del año 1963, de índole centralizadora, la cual, además de abolir los órganos representativos y ejecutivos que poseían las tres provincias del reino, descoyuntaría las redes de lealtad tribal en las que había descansado hasta ese momento la monarquía libia. Mediada la década de los sesenta, Libia se hallaba en proceso de convertirse en un Estado enteramente dependiente de los hidrocarburos y típicamente distributivo y capitalista¹², carente por tanto de incentivos para robustecer unas instituciones políticas desprovistas de representatividad. El embajador español en Trípoli describiría en 1969 este déficit democrático con agudeza y sin ambages:

[...] La llamada democracia [libia] votaba en las Cámaras por unanimidad y aclamación, refrendando, con apariencias populares, todos los

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ JURADO ANAYA, "Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia", p.112.

¹² *Libya since independence. Oil and state-building*, citado en JURADO ANAYA, Jesús, "La Libia de las masas. De la Revolución de septiembre a la Primavera Árabe", Universidad Internacional de Andalucía, Foro de Investigadores sobre el mundo árabe-musulmán, 2011, p.19. Disponible en: <https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbnxmaW1hbWVzfGd4OmViYzlkZig3M2EyZDZiZQ>. Véase también *A History of Libya*, p.193.

actos y medidas del Gobierno. He sido muchas veces espectador de la comedia, y en las discusiones parlamentarias a las que he asistido -no debiera haber empleado la palabra discusión- pude observar la más completa indiferencia por los asuntos que interesaban al país¹³.

Al mismo tiempo que el “oro negro” socavaba las bases de la monarquía libia, el crecimiento de la demanda española de productos derivados del petróleo se situaba entre los mayores del mundo y el más alto de toda Europa¹⁴. Ello obedecía al notable progreso experimentado por la economía española durante la primera mitad de los años sesenta y a la mejora estructural alcanzada en la aplicación y aprovechamiento de la energía. De modo que el régimen franquista tenía un lógico interés en participar de la fabulosa riqueza petrolera de un país como Libia, el cual a la sazón había devenido el séptimo productor mundial de crudo y el primero del Mediterráneo, por delante de Argelia. En mayo de 1965 el Gobierno libio convocó un concurso internacional para la concesión de medio centenar de explotaciones petroleras en la zona próxima al golfo de Sirte, área que el periodista Salvador López de la Torre describiría elocuente en el diario *ABC* como la “Tejas mediterránea”¹⁵. En febrero del año siguiente, las autoridades libias anunciaron que entre las empresas concesionarias figuraba la sociedad española Hispanoil, que, asociada obtenía de esta manera el derecho de llevar a cabo durante cincuenta años prospecciones en dos zonas que alcanzaban una superficie total de casi 4.000 kilómetros cuadrados¹⁶. En la tercera perforación Hispanoil halló petróleo en cantidad equivalente a 4.500 barriles diarios. Poco antes de la caída de la monarquía y animado por el éxito de las prospecciones, el embajador español, Fernando Rodríguez-Porrero, se mostraba partidario de negociar con el Gobierno libio una ampliación de las concesiones petroleras o una asociación con la recientemente creada empresa petrolera estatal de Libia, LIPETCO (*Libyan General Petroleum Corporation*)¹⁷. Además, a finales de 1965 la Compañía Catalana de Gas y la rama de la petrolera *Esso* radicada en Libia habían suscrito un contrato para la adquisición por parte española de 10.000 millones de metros cúbicos de gas libio. Acuerdo que generó cierta tirantez en las relaciones que España mantenía con la petrolera argelina Sonatrach, con la que se habían entablado negociaciones con anterioridad¹⁸.

¹³ Informe de Fernando Rodríguez-Porrero dirigido a Fernando María Castiella, nº28, Trípoli, 10/9/1969. AFNFF, documento nº3801.

¹⁴ Informe del Instituto del Petróleo, 1966. AFNFF, documento nº19343.

¹⁵ “España consigue en Libia dos concesiones petrolíferas”, *ABC*, 22/2/1966.

¹⁶ “Relaciones entre España y el Reino de Libia”, *loc.cit.*

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ *Ibidem.* La limitada capacidad del mercado español para absorber el gas argelino y la desconfianza ideológica hacia el régimen socialista de Argel, que además amparaba a un núcleo del exilio antifranquista e incluso al independentista canario Cubillo, fueron serios obstáculos para el desarrollo de las relaciones hispano-argelinas. PARDO, Rosa, “El proceso de descolonización”, en OREJA AGUIRRE, Marcelino y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (coords.), *Entre la historia y la memoria*.

De resultas de la importación de petróleo, la balanza comercial con Libia resultaba netamente deficitaria para España, si bien entre 1967 y 1968 experimentaron un apreciable incremento, mostrándose el Ministerio de Asuntos Exteriores convencido de que el saldo deficitario era susceptible de reducirse aún más merced a la necesidad libia de bienes de equipo y a las grandes posibilidades de pago que poseía el país norteafricano¹⁹.

El establecimiento de relaciones bilaterales, crecientemente estrechas y cordiales, entre España y el Reino de Libia se tradujo en el intercambio de visitas de altas personalidades. Así, en febrero de 1965 el ministro libio de Economía visitó Madrid a fin de forjar contactos en el ámbito de su competencia, y en marzo de aquel mismo año el entonces ministro español de Comercio, Alberto Ullastres, se trasladó a Libia con ocasión de la participación española en la IV Feria Internacional de Trípoli. En noviembre de 1966 Gregorio López-Bravo, titular a la sazón de la cartera de Industria, viajó a la capital libia para entablar negociaciones en materia de cooperación industrial²⁰. Menos de dos años después, a comienzos de 1968, López-Bravo regresaría a Libia²¹, donde mantuvo entrevistas con los ministros de Industria, del Petróleo, de Planificación y Desarrollo, además de con el primer ministro, Hussein Mazik, y con el príncipe heredero y sobrino del rey, Hassan al-Reda. El político español tuvo ocasión asimismo de visitar los yacimientos adjudicados a Hispanoil dos años antes, así como las instalaciones de gas natural en el puerto de Marsa Brega.

Y es que en España la monarquía de Idris I era vista como un modelo de solidez y estabilidad, a pesar de la existencia de una creciente contestación al régimen monárquico, la cual era especialmente intensa fuera de su feudo histórico de Cirenaica. Atestigua la miopía con la que se veía en España la precaria situación institucional en la que se hallaba la monarquía libia, la idílica descripción que del país norteafricano realizaron *in situ* varios periodistas españoles que habían sido expresamente invitados por el Gobierno libio en abril de 1968. Así, en su crónica para *ABC*, José Baró Quesada señalaba que el paisaje que se extendía entre el aeropuerto y la capital le recordaba a “la campiña de las tierras llanas de Granada, de Málaga y de Jaén”, y añadía que visitaba un reino de “acendrada fe monárquica y religiosa” cuyo rey era “muy querido por todos los libios”²².

Fernando María Castiella y la política exterior de España, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 2007, p. 107, n. 66.

¹⁹ “Relaciones entre España y el Reino de Libia”. De acuerdo con los registros de la Dirección General de Aduanas el valor del comercio de España con Libia fue, en 1966, de 2395 millones de pesetas en importaciones y de 271 en concepto de importaciones. Un año más tarde, las importaciones españolas habían aumentado hasta los 2722 millones, mientras que las importaciones ascendían hasta los 480 millones. *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ “El ministro de Industria, a Trípoli”, *ABC*, 20/2/1968.

²² “Una misión gubernamental libia visitará próximamente España”, *ABC*, 2/4/1968.

Hallándose indudablemente mejor informados que las autoridades y prensa españolas, sumidas en la autocomplacencia derivada de la aparente solidez de la “tradicional amistad con los países árabes”, ni la Casa Blanca ni el aparato de inteligencia de los Estados Unidos compartían el ingenuo entusiasmo de aquellas acerca del porvenir de la frágil monarquía libia. En efecto, en Washington se temía que a la muerte del anciano rey se produjera un vacío de poder del que surgiese un régimen revolucionario y hostil a los intereses estadounidenses²³. El convencimiento de que resultaría inviable socorrer militarmente a la monarquía sin provocar un grave conflicto, de potenciales repercusiones regionales, con el Egipto nasserista, así como la percepción de que el estallido nacionalista en Libia era cuestión de tiempo, indujeron tanto a Washington como a Londres, a iniciar la retirada gradual de los efectivos militares que mantenían en suelo libio²⁴. Dicho repliegue no se había completado aún al llegar la crucial fecha del 1 de septiembre de 1969.

ESPAÑA ANTE LA REVOLUCIÓN DEL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1969

Fue en aquel día histórico, verdadero jalón en la historia de la Libia contemporánea, cuando de madrugada un grupo de militares insurrectos tomó en pocos minutos el Palacio Real, el edificio de la radio y el cuartel general del Ejército²⁵. En las horas siguientes, la revolución se extendió por todo el país. El rey Idris se encontraba tomando las aguas en la ciudad turca de Bursa, mientras que el príncipe heredero iba a esperar poco más de veinticuatro horas para anunciar por radio su abdicación e instar al pueblo libio a que prestase apoyo al nuevo régimen²⁶.

Mas, ¿qué facción del Ejército libio, débil hasta entonces en cuanto a número de efectivos e influencia política, estaba detrás del golpe que acababa de abolir la monarquía? Se trataba del Movimiento de los Oficiales Libres Unionistas, integrado por doce miembros, todo ellos de humildísima extracción social. Una vez conquistado el poder, los oficiales rebeldes proceden a constituir el Consejo de Comando Revolucionario (CCR), el cual emite a través de Radio Trípoli un triunfante comunicado en el que se proclama que la junta militar “trabaja por establecer una Libia revolucionaria, socialista, progresista y consagrada a la lucha contra el colonialismo y el racismo”²⁷.

²³ “Memorandum From the President’s Special Assistant (Rostow) to President Johnson”, Washington, 11 de abril de 1968, documento nº96. Archivo del Departamento de Estado, Foreign Relations of the United States (FRUS), 1964–1968, Volume XXIV. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d96>.

²⁴ “La Libia de las masas. De la Revolución de septiembre a la Primavera Árabe”, p.20.

²⁵ SCOTT, *op.cit.*, p. 26.

²⁶ *Ibidem*, p. 29.

²⁷ “Un golpe militar derriba al rey Idris de Libia”, *ABC*, 2/9/1969.

Aunque en la proclama no se alude a nombre alguno, para entonces los oficiales sublevados cuentan ya con un líder. Se trata de Muamar al-Gadafi, un capitán de 27 años y admirador de Nasser, nacido en la región de Sirte en el seno de una familia de beduinos arabizados y desprovistos de instrucción²⁸. Su inmediata promoción a coronel y su ulterior designación como jefe de las Fuerzas Armadas libias y presidente del CCR iban a corroborar aquella primacía inicial.

En España el golpe en Libia supuso una sorpresa total. El periódico *ABC* manifestaría en su crónica que “nada hacía creer que el Ejército libio estuviera politizada como el argelino ni que hubiera en él ningún jefe descollante”²⁹. En opinión del periodista Miguel Torres, de adoptar el nuevo régimen libio formas de socialismo árabe, el precario equilibrio en la región del Mediterráneo quedaría gravemente quebrantado. Los países árabes “progresistas” serían los beneficiarios directos del golpe, mientras que la Unión Soviética, afirmaba el articulista, se encontraba ante una oportunidad de oro para dotarse de bases navales en el Mediterráneo³⁰. Algunos miembros del Cuerpo Diplomático ofrecieron informaciones inquietantes. Así, el embajador en Jordania, José Ramón Sobredo, informó al Ministro de Asuntos Exteriores de que rey el Hussein y sus colaboradores temían que las generosas donaciones pecuniarias que el Reino de Libia había venido realizando al Reino hachemita se entregasen a partir de ese momento a los fedayines palestinos radicados en suelo jordano³¹.

Sin embargo, el cambio de régimen acontecido en Libia no iba a perturbar el tradicional pragmatismo que regía las relaciones de la España de Franco con los países árabes, actitud que había conducido a la adopción de una posición neutral en el conflicto, surgido en el seno de la Liga Árabe en 1954, entre el nacionalismo de corte panarabista y los regímenes conservadores dotados de la forma de Estado monárquica³². Prueba de ello es que España reconoció al CCR transcurridos cinco días desde el triunfo del golpe en Trípoli. La *realpolitik* española quedó asimismo plasmada en el prolijo despacho que el embajador Rodríguez-Porrero remitió desde la capital libia al ministro Fernando María Castiella con fecha 10 de septiembre de 1969³³.

El embajador informó de que una vez hubo regresado a la capital libia tras interrumpir abruptamente sus vacaciones, procedió a reunir a la colonia española en el país a cuyos miembros instó se abstuvieran de realizar comentarios y juicios indiscretos sobre el nuevo régimen. Las nuevas autoridades libias, continuaba el

²⁸ “La Libia de las masas. De la Revolución de septiembre a la Primavera Árabe”, p. 21.

²⁹ *ABC*, 2/9/1969.

³⁰ “Beneficio para la Unión Soviética”, *ABC*, 2/9/1969.

³¹ Carta de José Ramón Sobrado a Fernando María Castiella, n°613, Amán, 10/9/1969. AFNFF, documento n°3806.

³² “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p.112. Véase también ÁLGORA WEBER, *op.cit.*, p. 73.

³³ Informe de Fernando Rodríguez-Porrero, *loc.cit.*

diplomático, habían recibido con agrado el texto de la declaración de reconocimiento, que él mismo había redactado, y en el que se incidía en que el reconocimiento español existía de un modo implícito y natural desde que el CCR comenzó a ejercer su autoridad, así como en la vigencia de una política de “decidida, demostrada y consecuente amistad hacia el mundo árabe”. El embajador había mantenido hasta entonces entrevistas con tres miembros del CCR, los cuales le trasladaron tanto su gratitud a España y a su Gobierno por su actitud y posiciones hacia Libia y el mundo árabe como el firme propósito de ampliar la cooperación bilateral existente. Asimismo, Rodríguez Porrero de aseveraba en su informe que el nuevo régimen, observando los consejos de Egipto, mantendría una política petrolera conservadora a fin de asegurarse las pingües rentas que reportaba a la exportación de hidrocarburos a los países consumidores de Occidente. Las perspectivas en este terreno para España eran muy favorables según el embajador, pues se rumoreaba que los principales dirigentes de LIPETCO, “muy amigos nuestros y decididos partidarios de una más estrecha colaboración hispano-libia”, iban a seguir en sus puestos y que la producción de los yacimientos explotados por España se iba a ver aumentada. De hecho, continuaba Rodríguez-Porrero, el advenimiento del régimen republicano podía facilitar la penetración e implantación económica de España en Libia merced a las dificultades que, de ahora en adelante, iban a encontrar tanto estadounidenses como británicos, los cuales “acaparaban este mundo económico a través de intereses y prebendas”. Cabía esperar además de las nuevas autoridades libias, libres de la tutela anglo-estadounidense, un apoyo expreso e inequívoco a la posición española en el contencioso de Gibraltar.

Por su parte, y de acuerdo con las informaciones recabadas por el embajador, la Unión Soviética se mostraba aún prudente, si bien no regateaba mensajes que denotaban su satisfacción por el cambio de régimen en el país norteafricano³⁴. Con todo, el líder libio nunca se identificaría ideológicamente con la Unión Soviética, a la que criticaría en su posterior Libro Verde, anteponiendo siempre los intereses libios a los de Moscú. Aunque Libia se apoyaría en los soviéticos para la adquisición de armamento³⁵, el hecho es que Gadafi no solicitó jamás el respaldo soviético a su crecientemente agresiva política exterior ni Moscú juzgó conveniente ofrecer a Libia un pacto de defensa mutua, acuerdo que podría haber arrastrado a los soviéticos a un conflicto militar no deseado en el Mediterráneo³⁶.

Consumado el cambio de régimen en Trípoli, dos iban a ser las cuestiones que dominarían las relaciones entre la República Árabe Libia y la España franquista. La primera de ellas había sido enunciada por Rodríguez-Porrero en su extenso informe ya referido: el petróleo. Empero, aquel despacho del embajador omitía toda referencia al asunto que causaría mayor tirantez en las relaciones libio-españolas

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ Según el testimonio retrospectivo del embajador Carlos Robles Piquer, en uno de los desfiles conmemorativos del golpe del 1 de septiembre tuvo a su lado a un general soviético que ante cada pieza pesada de artillería que circulaba ante la tribuna de autoridades exclamaba: “*It is ours, it is ours!*” (¡Es nuestra, es nuestra!). ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 360.

³⁶ “La Libia de las masas. De la Revolución de septiembre a la Primavera Árabe”, p.34.

hasta la muerte del general Franco. Dicha cuestión no era otra que la autodeterminación del Sáhara español.

LA CUESTIÓN PETROLERA

Aunque el régimen republicano se comprometió a respetar los acuerdos suscritos por la monarquía con las petroleras occidentales, ya en enero de 1970 las autoridades libias trasladaron a varias empresas extranjeras, incluidas varias de nacionalidad estadounidense, su intención de renegociar al alza del precio de las concesiones. Aún no se esgrimía el espantajo de la nacionalización, debido tanto a la carencia de técnicos locales bien formados y de refinerías propias como a la política de prudencia propugnada con éxito por los tecnócratas que hasta 1975 dirigieron los Ministerios de Planificación y Desarrollo y de Petróleo³⁷, si bien los negociadores libios sí amenazaron con tomar medidas punitivas en caso de que las empresas interpeladas no accedieran a sus demandas³⁸. En coherencia con esta política de presión sobre las empresas extranjeras, Libia se unió al resto de Estados que integraban la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP) para plantear un incremento en el precio del barril y mayores gravámenes a las petroleras occidentales, convirtiendo a Trípoli en sede de unas negociaciones entre países exportadores e importadores que culminarían en abril de 1971 con una subida del 45% en el precio del crudo³⁹.

Mas Gadafi no se conformó con esta indiscutible victoria sobre las naciones occidentales, y en diciembre de 1971 procedió a nacionalizar los bienes de la empresa *British Petroleum*, así como la red de distribución de combustible. Acto seguido, las autoridades libias ofrecieron a Hispanoil la gestión de las explotaciones de la petrolera británica. Sin embargo, el Gobierno español rechazó la propuesta al entender que una hipotética asunción de los bienes de la *British Petroleum* carecería de unas mínimas condiciones de seguridad jurídica⁴⁰. A partir de 1973, todas las compañías extranjeras tuvieron que aceptar una participación libia del 51%, en su producción nacional. A las empresas de nueva implantación como Texaco y Atlantic Richfield se les exigió una participación del 80%, de suerte que estas empresas quedaron reducidas a meras operadoras técnicas acreedoras a un pequeño beneficio⁴¹.

³⁷ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 23.

³⁸ “Intelligence Memorandum 490/70”, Washington, 13/2/1970, documento nº53. Archivo del Departamento de Estado, FRUS, 1969–1976, Volume E–5, Part 2, Documents on North Africa, 1969–1972. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve05p2/d53>

³⁹ SCOTT, *op.cit.* p. 135.

⁴⁰ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p.113. Véase también “Manifestaciones del presidente de Libia sobre el Sáhara”, *La Vanguardia Española*, 22/2/1972.

⁴¹ VILLACIEROS, Javier, *Tres destinos*, Editorial Dossoles, Burgos, 2002, p. 29.

El rechazo del ofrecimiento realizado por Trípoli a Hispanoil demostraría por tanto la existencia de límites en el pragmatismo que caracterizaba las relaciones de España con el mundo árabe-musulmán, y particularmente con la República Árabe Libia. Así, si bien en diciembre de 1969, dos meses después de ser designado Ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López-Bravo⁴², declaró que España deseaba contribuir al desarrollo y a la estabilidad de un norte de África “en rápida transformación”⁴³, un año más tarde y en presencia de Franco y del secretario de Estado de los Estados Unidos, William P. Rogers, el ministro manifestaría su convencimiento de que Nasser ambicionaba convertir Libia en un estado satélite, propósito que, de cumplirse, redundaría en beneficio de la Unión Soviética⁴⁴. Idéntica opinión expresaría en octubre de 1970, esta vez con ocasión de la visita a Madrid del presidente Richard Nixon, añadiendo que los líderes del CCR eran “muy jóvenes y tenían a su disposición demasiado dinero”⁴⁵.

Semejantes reservas hacia el nuevo régimen libio sin duda obedecían al endurecimiento de la retórica antimperialista y revolucionaria empleada por Gadafi y las invectivas que éste dirigía a aquellos países musulmanes que, a su juicio, obstaculizaban la deseada unidad árabe⁴⁶. A la altura de 1971 las diatribas más violentas del presidente del CCR tenía como objetivo el Reino de Marruecos, un régimen al que el Gobierno español veía por entonces como débil y susceptible de ser reemplazado por fuerzas nacionalistas y revolucionarias⁴⁷. Aunque no existió vínculo alguno entre Libia y los oficiales marroquíes que se sublevaron en julio de 1971 (golpe de Sjirat), desde Trípoli se animó a los insurrectos a que perpetraran un regicidio y a que eliminaran a las “fuerzas extranjeras” que se confabulaban contra de los intereses del pueblo marroquí árabe⁴⁸. Sofocada la sublevación, Gadafi no dudaría en negar toda implicación en el golpe, si bien admitía que Libia era un país revolucionario que, como tal, tenía “el deber” de apoyar a todas las revoluciones y especialmente a aquellas que se producían en el mundo árabe⁴⁹.

⁴² Para una síntesis de la política exterior desplegada López-Bravo, la cual se caracterizó por la apertura a los países del Este, véase ESPADAS BURGOS, *op.cit.*, pp. 245-250.

⁴³ “Entrevista con el Ministro de Asuntos Exteriores, señor López Bravo”, *ABC*, 19/12/1969.

⁴⁴ “Memorandum of Conversation”, Madrid, 29 de mayo de 1970, documento nº295. Archivo del Departamento de Estado, FRUS, 1969–1976, Volume XLI, Western Europe; NATO, 1969–1972. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v41/d295>.

⁴⁵ “Memorandum of Conversation”, Madrid, 2 de octubre de 1970, documento nº299. Archivo del Departamento de Estado, FRUS, 1969–1976, Volume XLI, Western Europe; NATO, 1969–1972. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v41/d299>.

⁴⁶ SCOTT, *op.cit.* p. 64.

⁴⁷ “Memorandum of Conversation”, Madrid, 2/10/1970, documento nº299. *Loc.it.*

⁴⁸ *Ibidem.*, p. 165.

⁴⁹ “La espada del islam”, *Pueblo*, 29 de septiembre de 1971.

LA NUEVA LIBIA Y EL SÁHARA ESPAÑOL

En congruencia con esa política de agitación revolucionaria, Libia iba a entrometerse en el Sáhara español, un territorio a cuya descolonización Madrid se había comprometido en 1967, aunque subordinando oficialmente aquella a la voluntad del pueblo saharauí y evitando, según declaró López-Bravo en 1969 involucrar en el proceso a los países que lindaban con la aún provincia española⁵⁰. Ante el presidente Nixon menos de un año después, el ministro español manifestaría que lo único que había en el en el Sáhara era “arena y fosfatos” y que el territorio era una rémora para España, aunque el Gobierno no tenía prisa por descolonizarlo. Postura que compartía Franco, para quien el Sáhara sin embargo revestía una considerable importancia estratégica en tanto que antemural de las islas Canarias⁵¹ y, de convertirse en un Estado satélite de Moscú, potencial base de operaciones desde la que los soviéticos podrían amenazar las rutas comerciales tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo⁵².

Las autoridades libias, por su parte, además de para incrementar sus credenciales antioccidentales, iban a emplear cínicamente la cuestión del Sáhara español como baza tanto en sus relaciones bilaterales con España como a la hora de negociar con los actores indirectamente implicados en la descolonización de aquel territorio: Argelia, Mauritania y Marruecos⁵³. Ya en agosto de 1970, el embajador español en Trípoli, José María Moro, informaba de que el Gobierno libio iba a ejercer una “acción moderada” a propósito del contencioso del Sáhara en las dos inminentes reuniones de jefes de Estado y de Gobierno a celebrar por la Organización de la Unidad Africana (OUA) y por el Movimiento de Países no Alineados⁵⁴. Curiosamente, Gadafi no aludiría al Sáhara español cuando procedió a enjuiciar la política exterior española ante el periodista Vicente Talón en septiembre de 1971, centrándose sus tímidas críticas en los vínculos que en materia de defensa España mantenía con los Estados Unidos:

Nuestra opinión sobre España es muy buena, sobre todo por lo que se refiere a su actitud respecto al problema de Palestina, que es verdaderamente notable. Pero yo pienso, y esta es una opinión personal, que nuestros lazos

⁵⁰ “Entrevista con el Ministro de Asuntos Exteriores, señor López Bravo”, *ABC*, 19/12/1969.

⁵¹ Según el profesor Antonio Marquina, algunos mandos militares consideraban que el verdadero “antemural” de las Canarias no era el Sáhara español, sino la franja costera de Tarfaya, la cual había sido cedida a Marruecos por España tras la guerra de Ifni-Sáhara (1957-1958). MARQUINA BARRIO, Antonio, *España en la política de seguridad occidental (1939-1986)*, Colección Ediciones Ejército, Madrid, 1986, citado en ESPADAS BURGOS, *op.cit.*, p. 258.

⁵² “Memorandum of Conversation”, Madrid, 2/10/1970, documento nº299. *Loc.it.*

⁵³ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 113.

⁵⁴ Telegrama de Moro al ministro de Asuntos Exteriores, nº135, Trípoli, 22/8/1970. AFNFF, documento nº4284.

podrían ser todavía mucho más estrechos si España no poseyese tratados de índole militar con otras potencias. Esto iría en beneficio de España, de los árabes y de toda la cuenca del Mediterráneo. España posee una gran importancia desde el punto de vista estratégico y por ello sería ausplicable que se adoptase allí una posición semejante a la asumida, hace ya tantos años, por Yugoslavia⁵⁵.

Tampoco mencionaría la descolonización del Sáhara el comandante Abdelssalam Ahmed Jallud, convertido en número dos del régimen revolucionario, en el transcurso de la visita de carácter privado que haría a España en diciembre de 1971. Jallud ofreció cambiar el “mucho dinero” que Libia poseía por la técnica española, pues el nivel intermedio de desarrollo en el que se encontraba España se ajustaba mejor a las necesidades libias que el de los países occidentales más avanzados⁵⁶.

Sea como fuere, apenas cinco meses más tarde y con ocasión de una visita oficial a Mauritania, Gadafi declararía que su país estaba “presto a entablar una guerra” junto con Nuakchot para “liberar el Sáhara bajo dominación española”⁵⁷. Gadafi profería aquellas palabras incendiarias poco después de que Hispanoil rehusase asumir los bienes expropiados a *British Petroleum*. El Gobierno español respondió con contundencia, llamando a consultas al embajador libio en Madrid y trasladó, por conducto de José María Moro, a Gadafi su firme posición de no aceptar presiones ni tolerar amenazas en el proceso de descolonización del Sáhara. La rotunda reacción diplomática ofrecida por España impresionó al líder libio, poco acostumbrado a que sus bravatas antioccidentales recibieran respuesta, moviéndole a suavizar, según informó Moro desde Trípoli, el comunicado oficial en el que dio cuenta de su viaje a Mauritania. No obstante, el embajador español estimaba que la unidad árabe era una cuestión innegociable para Gadafi y que éste, debido a su bisonñez, carecía de la “elemental experiencia de actuar y callar” adquirida por los líderes de los países vecinos⁵⁸.

Las aclaraciones ofrecidas por Libia a propósito de las palabras hostiles pronunciadas por Gadafi en Mauritania permitieron que la prevista visita de López-Bravo a Trípoli en marzo de 1972 se realizase en un ambiente de tranquilidad. El ministro español manifestó a su llegada a Trípoli que era portador de un mensaje del jefe del Estado español dirigido al líder libio, “en consonancia con el espíritu de amistad y cooperación que anima nuestras relaciones”. No obstante, López-Bravo admitió ante los periodistas que las relaciones hispano-libias resultaba a la sazón “insuficientes”, de ahí su vivo interés por explorar nuevos campos de cooperación entre los dos países⁵⁹. Después de encabezar la delegación española que mantuvo

⁵⁵ “La espada del islam”, *Pueblo*, 29/9/1971.

⁵⁶ ROBLES PIQUER, *op.cit.*, pp. 349-350.

⁵⁷ “Manifestaciones del presidente de Libia sobre el Sáhara”, *La Vanguardia Española*, 22/2/1972.

⁵⁸ Telegrama de Moro al ministro de Asuntos Exteriores, nº69, Trípoli, 23/2/1972. AFNFF, documento nº4277.

⁵⁹ “Vengo dispuesto a discutir cualquier tema bilateral o problema internacional”, *ABC*, 21/3/1972.

varias reuniones de trabajo con miembros del Gobierno libio, López-Bravo se desplazó al borde mismo del desierto sahariano, cerca de la localidad de Taurga, a unos 200 kilómetros de Trípoli. Allí le esperaba Gadafi, con quien mantuvo una entrevista que discurrió en términos cordiales⁶⁰. El ministro español se convertía así en el primer miembro de un Gobierno occidental en ser recibido por el líder libio, quien le trasladó su convencimiento de que España sabría encontrar una solución satisfactoria para el contencioso del Sáhara. Una vez concluida la visita oficial de López-Bravo a Libia, donde permaneció dos días, ambos Gobiernos emitieron un comunicado conjunto en el que además de reflejarse la admiración y gratitud que la República Árabe Libia profesaba a España por el apoyo y comprensión de ésta a la causa árabe, las dos partes coincidían en la necesidad de promover la distensión en el Mediterráneo y manifestaban su firme voluntad de emprender negociaciones inmediatas para concluir un acuerdo general de cooperación hispano-libio⁶¹. En cuanto a la cuestión del Sáhara español, López Bravo consiguió que Gadafi se comprometiera a conseguir que la OUA se abstuviera de incluir en su agenda descolonizadora a los territorios africanos bajo soberanía española tal y como defendía Argelia. A cambio, España apoyaría el ingreso de Libia en diversos organismos de Naciones Unidas⁶².

Sin embargo, la cordialidad que presidió la estancia de López-Bravo en Libia no impidió que tres meses después Gadafi volviese a propugnar enardecidamente la descolonización del Sáhara. Así, en un discurso en el que abundaron los dicitos contra los Estados Unidos, Reino Unido y Marruecos, el líder libio se refirió a la provincia española en los términos que siguen:

Sakia El-Hamra [el Sáhara español] conmueve nuestra sangre con una antigua reivindicación; no es lo que esta tierra pueda tener como riqueza en fosfatos, en minas o petróleo lo que nos interesa. Es el hecho de que sea un lugar de cooperación de las aludidas fuerzas reaccionarias con el colonialismo. Más que los valores materiales de fosfatos, minas o petróleo, esa región representa para nosotros un puente que nuestros abuelos han utilizado para llegar a Al-Andalus. Hemos hablado con las partes interesadas para dar al territorio su libertad y encontrar una solución definitiva durante el curso del año actual, 1972. Caso de no llegarse a una solución definitiva, tomaremos la responsabilidad de sostener la guerra de independencia. Esta es una de las finalidades y responsabilidades históricas que corresponden al conjunto de la nación árabe⁶³.

⁶⁰ "Entrevista Gadhaffi-López Bravo", *ABC*, 22/3/1972.

⁶¹ "El Gobierno libio expresa su admiración y gratitud por el apoyo español a la causa árabe", *ABC*, 23/3/1972.

⁶² Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia", p. 113.

⁶³ Telegrama de Moro al ministro de Asuntos Exteriores, nº207, Trípoli, 11/6/1972. AFNFE, documento nº6075.

Si bien el embajador Moro expresó inmediatamente su disgusto por las palabras de Gadafi al director general libio de Política Exterior, Ali Treki, el diplomático español informó al Palacio de Santa Cruz de que en el resumen del discurso emitido por Radio Trípoli se había omitido el párrafo alusivo al Sáhara y de que varios embajadores árabes habían restado importancia a las palabras de Gadafi, arguyendo que éstas iban dirigidas no contra España, sino contra Marruecos⁶⁴.

En cualquier caso, en el otoño de 1972 las autoridades libias hicieron saber al embajador que de no fijar el Gobierno español un calendario de descolonización claro para el territorio, Trípoli abandonaría la deferencia que había mantenido con España hasta entonces en los foros internacionales. En telegrama enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores, Moro se mostró convencido de que, a partir de ese momento, la delegación libia en las Naciones Unidas se dedicaría a promover la descolonización del Sáhara, adhiriéndose a las posiciones defendidas por Argelia y Mauritania, e incluso apoyando las maniobras marroquíes si ello contribuía a acelerar la retirada española de aquel territorio⁶⁵. Aunque a comienzos de 1973 el régimen libio parecía dispuesto a excluir a Marruecos de su proyectada conferencia tripartita sobre el Sáhara español, a celebrar en Trípoli⁶⁶, Moro informó entonces del inminente inicio de conversaciones libio-marroquíes en Roma, unos contactos que, en el caso de fructificar, redundarían en perjuicio de los intereses españoles en el Sáhara⁶⁷. Sea como fuere, y mientras el representante libio en la Asamblea General de las Naciones Unidas incluía a España entre los países que defendían el colonialismo, el sionismo y el apartheid⁶⁸, Gadafi continuaba introduciendo, a través de la frontera de Tinduf, elementos subversivos y armas tanto en el sur de Marruecos como en el Sáhara español⁶⁹. Una vez el Frente Polisario inició sus acciones armadas en mayo de 1973, Trípoli le proporcionaría ayuda económica, convirtiéndose además en sede del Comité de Relaciones Exteriores del movimiento saharauí. Asimismo, en 1974 Radio Trípoli comenzó a emitir programas realizados por el Frente Polisario y destinados al Sáhara español⁷⁰.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Telegrama de Moro al ministro de Asuntos Exteriores, n°392, Trípoli, 24/10/1972. AFNFF, documento n°6060.

⁶⁶ Telegrama de Moro al ministro de Asuntos Exteriores, n°13, Trípoli, 4/1/1973. AFNFF, documento n°6048.

⁶⁷ Telegrama de Moro al ministro de Asuntos Exteriores, n°16, Trípoli, 5/1/1973. AFNFF, documento n°6049.

⁶⁸ "Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia", p.113.

⁶⁹ Telegrama del embajador en Rabat al ministro de Asuntos Exteriores, n°290, Rabat, 4/5/1973.

⁷⁰ "Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia", p.113.

VISITA DEL PRIMER MINISTRO LIBIO

El 22 de junio de 1973 el Consejo de Ministros designó nuevo embajador de España en Libia a Carlos Robles Piquer, un diplomático de carrera que había desempeñado el cargo de director general de Información (1962-1967) y de Cultura y Espectáculos (1967-1969). En el acto de presentación de cartas credenciales el embajador español aludió a la consabida amistad hispano-árabe, palabras a las que Gadafi respondió tajantemente afirmando que dicha amistad “vale uno, mientras que la ocupación por España de una parte del Sáhara vale cero; y uno por cero es igual a cero”. No obstante, Robles Piquer forjaría una relación cordial con Gadafi, a la que sin duda contribuyó el hecho de que en 1974 el Gobierno español atendiera con prontitud la petición de enviar urgentemente un oftalmólogo a Trípoli para tratar al líder libio y a varios miembros de su círculo íntimo⁷¹.

Más estrecha aún fue la relación que el embajador trabó con el comandante Jallud, con quien se entrevistaría por primera vez en septiembre de 1973. El número dos del régimen libio admitió en aquella conversación que las relaciones hispano-libias eran “muy inferiores a las deseables” y que urgía fortalecerlas. Jallud y el embajador español estaban de acuerdo en que los rasgos comunes a los dos países eran la religiosidad, el aprecio a la historia hispano-árabe, las especiales relaciones respectivas con los países árabes e hispánicos y la actitud ante el estado de Israel mantenida, en el caso español y a juicio de Robles Piquer, “frente a parte de nuestra opinión pública y fuertes ataques en la prensa norteamericana”. El único punto de desacuerdo que se suscitó en aquella entrevista fue la retirada española del Sáhara⁷².

El embajador acompañaría a Jallud en la trascendental visita oficial que el primer ministro libio realizó a España entre el 23 y el 27 de abril de 1974⁷³. Jallud fue recibido al pie de la escalerilla del avión por el presidente del Gobierno español,

⁷¹ ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 351.

⁷² *Ibidem*, p. 352.

⁷³ Tres semanas antes de la llegada de Jallud a España, el Gobierno libio informó a las Embajadas extranjeras en Trípoli de que Gadafi, si bien conservaba el mando supremo de las Fuerzas Armadas, se disponía a abandonar a la mayor parte de sus funciones para dedicarse exclusivamente a “cuestiones ideológicas y de organización”, de suerte que las más altas responsabilidades políticas y administrativas pasaban a recaer en el primer ministro. Véase MAGAZ, Pablo, “Gadhafi, relevado de las funciones propias de jefe de Estado”, *ABC*, 7/4/1974.

El aparente alejamiento del poder del líder libio era una consecuencia directa del discurso que Gadafi había pronunciado en la localidad de Zuara un año antes, que puede considerarse el inicio de la deriva “libertaria” en el sistema político libio. En él se instaba a las masas a llevar a cabo una revolución popular destinada a dismantelar el Estado y a propiciar la creación de una comunidad política que reflejase los aspectos consultivos de la tradicional *shura* tribal. Véase “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 22.

En 1975, después de reprimir un golpe de Estado, Gadafi se refugiará en el desierto para empezar escribir su Libro Verde, expresión escrita del proyecto de revolución popular enunciado en Zuara y cuyo contenido devendrá fundamento ideológico de la Yamahiriya Árabe Libia Popular y Socialista, proclamada en marzo de 1977.

Carlos Arias Navarro, por los ministros de Asuntos Exteriores y del Aire, así como por el encargado de negocios de Libia en Madrid.

En su audiencia con Franco, Jallud prodigó los elogios al jefe de Estado español, los cuales se centraron en su obra histórica, a la amistad hispano-árabe y al desarrollo material alcanzado por España. No obstante, la mayor parte de la entrevista versó sobre el Sáhara. En opinión de Jallud, Franco debía resolver aquel contencioso en vida ya que “la situación actual, a la corta o a la larga, dañará gravemente a la amistad hispano-árabe”. La respuesta de Franco fue breve y clara: agradeció la visita y los comentarios iniciales, reiteró la amistad de España hacia el mundo árabe y explicó que el Sáhara español era un problema más complejo de lo que Libia creía. Aludió a la escasa población del territorio, unos treinta mil habitantes, en gran parte nómadas, a los que España ayudaba y seguiría ayudando, y subrayó la vecindad con Canarias, a cuya seguridad el territorio sahariano contribuía⁷⁴.

Seguidamente, el primer ministro libio se trasladó a Presidencia del Gobierno, donde fue recibido por Arias Navarro y los ministros de Exteriores, Pedro Cortina, y de la Presidencia, Antonio Carro. De nuevo, Jallud sacó a colación el tema del Sáhara, pidiendo la inmediata retirada de España puesto que la paciencia de los árabes se estaba agotando. Manifestó que “la liberación llegará tarde o temprano” y rechazó rotundamente la celebración de un referéndum en el territorio, posibilidad que juzgaba como “inadmisible” e “ilegal”⁷⁵.

Las negociaciones de índole técnica y económica resultaron mucho más fecundas. El 26 de abril celebró su primera reunión la Comisión de Cooperación Industrial Hispano-Libia, la cual presidieron conjuntamente los ministros de Industria español y libio. Asimismo, la sede del Ministerio de Hacienda acogió un nutrido encuentro de ambas delegaciones, a la que siguió una visita de Jallud al Instituto Nacional de Industria⁷⁶. En la reunión que mantuvieron el primer ministro libio y el ministro de Economía y vicepresidente segundo del Gobierno, Antonio Barrera de Irimo, se abordó la cooperación en múltiples campos: la industria del petróleo y el gas natural; la agricultura, especialmente el riego; la edificación de viviendas, escuelas, hospitales y naves industriales; la ayuda para construir presas y puertos; así como para desarrollar el sector pesquero; la asistencia en la medicina y en todos los campos de la ingeniería, con especial énfasis en la mejora de su rendimiento agrícola; la construcción de petroleros y metaneros, y, en fin, la ayuda para explorar nuevas riquezas minerales en el subsuelo libio⁷⁷. Asimismo, fue objeto de comentario la creación de “una entidad bancaria mixta”, un objetivo que se materializaría dos años después.

⁷⁴ ROBLES PIQUER, *op.cit.* p. 355.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 358.

⁷⁶ “El primer ministro libio asistió a una reunión de trabajo en el Ministerio de Hacienda”, *ABC*, 26/4/1974.

⁷⁷ ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 354.

En cuanto a los resultados del encuentro celebrado por la Comisión de Cooperación Industrial Hispano-Libia, resultaron igualmente fructíferos. El diplomático Raimundo Bassols, a la sazón director general de Relaciones Económicas Internacionales, alabó en nota al ministro de Asuntos Exteriores la “substancial contrapropuesta libia”, reveladora del deseo de concretar los sectores y los plazos de ejecución de los compromisos adquiridos. Uno de ellos consistía en mantener el suministro anual a España de petróleo crudo en dos millones de toneladas. Los ministros de Industria de los dos países firmaron un acta final que recogió los acuerdos logrados, incluyendo el envío por España de 450 médicos y auxiliares técnico-sanitarios, de 50 veterinarios, de 350 expertos en agricultura y de 200 de diversas especialidades. Aquellos profesionales y expertos, a pesar de la urgente necesidad que Libia tenía de contar con técnicos cualificados, jamás llegarían a Trípoli⁷⁸.

Los acuerdos concluidos se plasmaron en la firma de dos convenios. El primero de ellos, de Cooperación Económica y Comercial; el segundo, de Cooperación Científica y Técnica, completado con un protocolo anejo en marzo de 1975. Unos convenios que consolidaban a Libia como uno de los principales proveedores energéticos de España, además de adecuar las futuras colaboraciones a la nueva legislación libia, la cual condicionaba la concesión de nuevas explotaciones petroleras a la coparticipación de la nueva empresa estatal, la *Libyan National Oil Corporation* (LNOC). La firma de los dos convenios supuso un indiscutible éxito de la diplomacia española en un momento en el que tanto los Estados Unidos como la Europa capitalista sufrían los rigores del embargo impuesto por los países árabes productores de petróleo en represalia por el apoyo occidental a Israel en la guerra del Yom Kipur⁷⁹. La política de amistad con el mundo árabe y la inexistencia de relaciones diplomáticas con Israel contribuyeron al trato deferente que Libia dispensó a España en aquella coyuntura crítica⁸⁰.

UNA RELACIÓN BILATERAL TITUBEANTE

Unos vínculos cordiales que pudieron haber propiciado asimismo un acuerdo para la venta a Libia de un total de veinte aviones de combate Northrop F-5. Tal como le trasladó el teniente coronel Hamed Belgassen al embajador Robles Piquer, “somos un país rico y el precio no es el problema, lo es sólo la calidad”⁸¹. En enero de 1972

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 354-355.

⁷⁹ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 113. A pesar de que en aquel conflicto Libia cedió a Egipto aviones de combate Mirage 5, el hecho es que el presidente egipcio había excluido a Gadafi de la preparación del ataque sorpresa contra Israel. Véase NIBLOCK, Tim, “The Foreign Policy of Libya”, en HINNEBUSCH, Raymond y EHTESMANI, Anoushiravan (eds.), *The Foreign Policy of Middle East States*, Lynne Rienner, Londres, 2002, p. 224. La derrota árabe en la guerra del Yom Kipur y la ulterior búsqueda de un entendimiento con Israel a cargo de Sadat menoscabarán gravemente las relaciones libio-egipcias.

⁸⁰ ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 368.

⁸¹ *Ibidem*.

la embajada libia en Madrid había expresado mediante una nota verbal el deseo de su Gobierno de adquirir “cuatro aviones de entrenamiento del tipo F-5 con sus recambios suficientes para un periodo de cinco años”. Solicitud a la que la empresa Construcciones Aeronáuticas S.A. (CASA) respondió ofreciendo las veinte aeronaves citadas. Sin embargo, la operación no cuajó debido a la oposición del Departamento de Estado de los Estados Unidos, país fabricante del F-5, que en abril de 1972 suspendió la venta de sus propias aeronaves a Libia al mismo tiempo que informaba al ministro español de Asuntos Exteriores de que no autorizaba el envío de los aviones prometidos por España a Trípoli⁸².

Con todo, y a pesar de los dos convenios firmados en Madrid, las importaciones de petróleo siguieron desprovistas de compensación. Muy pocas empresas españolas se atrevían a invertir en Libia. Una excepción fue el Banco de Valladolid, entidad que envió a la capital libia en septiembre de 1974 una delegación que presentó al gobierno libio proyectos para la construcción de una fábrica de cemento, para la mejora del aprovechamiento industrial del cultivo de la aceituna, así como para racionalizar la gestión del puerto de Trípoli. Empero, el embajador español no pudo sino lamentar ante el Ministerio de Asuntos Exteriores que “otras entidades bancarias de mayor magnitud no parecen interesadas por un país con los cuantiosos recursos financieros de éste”, lo cual impedía recuperar algunos de los “petrodólares” con los que España abonaba a Libia sus hidrocarburos. Inhibición que las autoridades libias deploraban. Así, el ministro de Comunicaciones y Transportes deploró ante Robles Piquer que la empresa Dragados y Construcciones hubiese rehusado participar, pese a estar invitada a ello, en un concurso convocado para adjudicar la construcción de tres mil viviendas⁸³. Sí fructificó en cambio el acuerdo para la construcción en el astillero de Puerto Real, Cádiz, propiedad de Astilleros Españoles, de dos petroleros destinados a la LNOC. España venció a la dura competencia planteada por los astilleros japoneses y yugoslavos y se aseguró una operación cuyo monto total alcanzaba los 23 millones de dólares⁸⁴. Hubo asimismo participación española en la construcción de la refinería de Zawiya, completada en 1974, concretamente de la Agrupación Técnica Industrial de Valencia, si bien las instalaciones fueron proyectadas y levantadas en su mayor parte por la empresa italiana *Snamprogetti*⁸⁵.

Fue la creación de una entidad bancaria conjunta el empeño donde el entendimiento hispano-libio resultó indiscutiblemente exitoso. En julio de aquel año, una breve visita del ministro español de Comercio, José Luis Cerón, a Trípoli sirvió para

⁸² “Action Memorandum From the Director of the Bureau of Politico-Military Affairs (Spiers) to Secretary of State Rogers”, Washington, 7/4/1972, documento nº88. Archivo del Departamento de Estado, FRUS, 1969–1976, Volume E–5, Part 2, Documents on North Africa, 1969–1972. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve05p2/d88>

⁸³ ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 369.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 368.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 370.

concluir un acuerdo en virtud del cual se creaba el Banco Árabe Español (Aresbank). El proyecto contó con la inestimable colaboración inicial del influyente financiero libio Abdulá A. Saudi, quien entonces contaba con la plena confianza de Gadafi, que se las arregló para aportar capital kuwaití a la nueva entidad financiera⁸⁶. Se trataba del primer banco con capital extranjero que se radicaba en territorio español desde el final de la Guerra Civil⁸⁷, destinado a financiar “proyectos de interés para España, Libia y otras naciones árabes”. Una comisión mixta reunida en Madrid en octubre de 1974 ultimó los detalles de la operación, firmándose la fundación del nuevo banco el 1 de abril de 1975 en la madrileña sede del Instituto de Crédito Oficial. De entrada, con la creación de Aresbank el Gobierno español conseguía que parte de los excedentes financieros obtenidos por Libia se depositasen en un banco español al mismo tiempo que se incentivaban las exportaciones españolas hacia un mercado como el libio, urgentemente necesitado de inversiones.

De todas formas, Gadafi no se olvidaba del Sáhara español, aunque al doblar el año 1974 su interés por una inmediata independencia del territorio que culminase con el acceso al poder del Frente Polisario quedaba opacado por la ofensiva diplomática contra España desencadenada por Marruecos⁸⁸. No obstante, fiel a su equívoca y cambiante política hacia el reino alauita, Gadafi ofreció en julio de 1975 a Marruecos la participación de tropas libias en la liberación “de su Sáhara”⁸⁹. Ofrecimiento de contenido similar al realizado, recuérdese, a Mauritania en 1972. Sin embargo, en agosto de aquel año y presencia de Robles Piquer, Gadafi, además de prodigarse en elogios hacia el general Franco, reiteró que su deseo era ver al Frente Polisario rigiendo los destinos de un Sáhara occidental independiente, solución a la que Marruecos se oponía frontalmente⁹⁰, por lo que instaba a España a proceder de inmediato a la descolonización del territorio. El ministro Pedro Cortina dio cumplida réplica a la exigencia de Gadafi en un telegrama en el que, además de agradecer las “amistosas frases” que el líder libio había dedicado al jefe del Estado español, subrayaba que España seguía fiel a las Naciones Unidas, como debía serlo Libia, recordaba la postura argelina favorable una verdadera autodeterminación del Sáhara y supeditaba la actitud española al dictamen consultivo que emitiese la Corte Internacional de Justicia⁹¹. A comienzos de noviembre de 1975, apenas tres días

⁸⁶ *Ibidem*, p. 372.

⁸⁷ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 113.

⁸⁸ DE PINIÉS, Jaime, *La descolonización del Sáhara: un tema sin concluir*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990, p. 32.

⁸⁹ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 114.

⁹⁰ “Memorandum of Conversation”, Rabat, 15/10/1974, documento nº90. Archivo del Departamento de Estado, FRUS, 1969–1976, Volume E-9, Part 1, Documents on North Africa, 1973–1976. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve09p1/d90>

⁹¹ ROBLES PIQUER, *op.cit.* p. 358. La Corte de La Haya emitiría finalmente su dictamen el 17 de octubre de 1975, en el cual se negaba la existencia de vínculo alguno de soberanía territorial entre el Sáhara español y Marruecos, además de reafirmarse la aplicabilidad del principio de

antes de que rey Hassan II desencadenase la *marcha verde* sobre el Sáhara español y con Franco agonizante, Gadafi inquirió al embajador español si España estaba dispuesta a ir a la guerra con Marruecos por el Sáhara⁹². Las negociaciones directas con Rabat entabladas por los ministros José Solís y Antonio Carro a espaldas de la delegación española en la ONU⁹³, así como la posición adoptada por el príncipe Juan Carlos, que, una vez asumidas las funciones de jefe de Estado, se mostraba partidario de llegar a un entendimiento con Hassan II⁹⁴, posibilitaron el repliegue de los civiles marroquíes del territorio aún español y la ulterior conclusión del Acuerdo Tripartito de Madrid. Pacto en virtud del cual España cedía la administración del Sáhara a Marruecos y a Mauritania. Poco después, el Frente Polisario, tras anunciar que continuaría su actividad armada, proclamaría la República Árabe Saharaui Democrática, a la que Gadafi iba a reafirmar su apoyo comprometiéndose a entregar armamento y dinero⁹⁵.

MUERTE DE FRANCO

Fallecido el general Franco el 20 de noviembre de 1975, el embajador Robles Piquero dio cuenta inmediatamente del óbito al Gobierno libio e informó asimismo del acceso a la jefatura del Estado a título de rey del príncipe Juan Carlos. En la embajada se abrió un pliego de firmas de condolencia, que rubricaron todos los representantes diplomáticos acreditados en Trípoli salvo los embajadores de los países del COMECON, con los que España, en la mayoría de los casos, mantenía relaciones consulares y comerciales, pero no diplomáticas. Los representantes de los nueve Estados miembros del Mercado Común firmaron tras haberse consultado entre sí. Posteriormente se ofició una misa de réquiem en la iglesia de San Francisco de la capital libia⁹⁶.

La posterior radicalización de la política exterior del régimen libio, una vez proclamada la Yamahiriya Árabe Libia Popular y Socialista, y el ingreso de una España ya democrática y liberal en la OTAN, primero, y en las Comunidades Europeas, después, con la consiguiente integración de la política exterior española en ámbitos de decisión multilaterales y supranacionales, condicionarán las

autodeterminación a la provincia española. “La Haya apoya la autodeterminación”, *Informaciones*, 17/10/1975. Véase también ESPADAS BURGOS, *op.cit.* p. 259.

⁹² ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 359.

⁹³ DE PINIÉS, *op.cit.*, pp. 111-112.

⁹⁴ “Memorandum of Conversation”, Washington, 3/11/1975, documento nº206. Archivo del Departamento de Estado, FRUS, 1969-1976, 1969-1976, Volume E-15, Part 2, Documents on Western Europe, 1973-1976. Disponible en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve15p2/d206>

⁹⁵ “Estudios de caso de la política exterior española hacia el mundo árabe y musulmán: Libia”, p. 114.

⁹⁶ ROBLES PIQUER, *op.cit.*, p. 382.

relaciones hispano-libias hasta el linchamiento de Gadafi en las inmediaciones de la localidad de Sirte en octubre de 2011.

CONCLUSIONES

El régimen de Franco trabó relaciones diplomáticas cordiales con el Reino de Libia, al que la enorme demanda de petróleo de una España que a mediados de la década de los sesenta se encontraba en pleno desarrollo económico e industrial convirtieron en importante proveedor de hidrocarburos. El incruento golpe de Estado acontecido el 1 de septiembre y el subsiguiente advenimiento en Libia de un régimen republicano y aparentemente hostil a los Estados Unidos y a los aliados de Washington, no alteró sustancialmente la naturaleza de las relaciones hispano-libias. Ambos países estaban interesados en mantener unas relaciones amistosas. Así, Madrid seguía precisando las importaciones de petróleo libio. Trípoli, por su parte, si bien fijó como prioridad la paulatina asunción del control de las empresas extranjeras que explotaban su crudo, no podía prescindir de las pingües rentas que le reportaba la exportación de sus hidrocarburos. La carencia de infraestructuras propias y del *know how* imprescindible para dotarse de una industria petrolera nacional, así como el pragmatismo de los técnicos que dirigieron los ministerios de Planificación y Desarrollo y de Petróleo, forzaron a Gadafi a proceder con cautela con España y con el resto de Occidente durante el periodo objeto de estudio, si bien la retórica empleada por el líder libio se caracterizó por ser agresiva e incendiaria.

A este factor de índole económica cabe añadir una consideración de tipo político o ideológico, que no es otra que la simpatía que en Libia despertaba la tradicional amistad de España con los países del ámbito árabe-musulmán, así como la inexistencia de relaciones diplomáticas entre Madrid y el Estado de Israel. Dicha inclinación por España pudo muy bien haber contribuido a la conclusión de los acuerdos de abril de 1974, y concretamente al mantenimiento del suministro de hidrocarburos a España en un momento en el que Libia y el resto de países árabes productores de petróleo recortaban su producción e imponían un embargo a Occidente.

Los dos convenios rubricados con ocasión de la visita a Madrid del primer ministro Jallud no propiciaron sin embargo un incremento sustancial de la inversión española directa en Libia, lo cual cabe atribuir a la inseguridad jurídica imperante en un país que menos de tres años antes no había dudado en nacionalizar los bienes de la *British Petroleum*. Peligroso precedente que debió de motivar la relativa inhibición del empresariado español a propósito de Libia, del cual tanto se lamentó el embajador Robles Piquer. Recuérdese que Hispanoil había rechazado hacerse cargo de los activos de *British Petroleum* precisamente debido a la desconfianza que le merecía el entorno jurídico libio. Sea como fuere, la creación de Aresbank resultó en cualquier caso un logro apreciable, pues se trataba de la primera vez que el régimen de Franco autorizaba la radicación en España de una entidad financiera con capital extranjero.

El principal motivo de fricción entre España y Libia en el periodo 1969-1975 fue indudablemente la autodeterminación del Sáhara español. No obstante, al igual que

en lo relativo a las exportaciones de petróleo, la hostilidad gadafista a los intereses españoles se puso de manifiesto de manera esencialmente retórica, si bien el apoyo de Libia a la independencia de aquella provincia española fue siempre explícito, como atestigua el respaldo económico y diplomático que Gadafi prestó al Frente Polisario desde 1973. La parsimonia con que las autoridades españolas abordaban la descolonización del territorio suscitaba irritación en Libia, donde se regocijaban ante la perspectiva de que en la frontera sur de Marruecos accediera a la independencia un Estado hostil al reino alauita y afín a la ideología pretendidamente antioccidental y revolucionaria por la que se regía el régimen libio. Gadafi veía asimismo en el asunto del Sáhara una causa susceptible de contribuir a la anhelada unidad árabe frente al imperialismo, del cual a su juicio Marruecos actuaba como vil lacayo. Sus violentos discursos acerca de la presencia española en el Sáhara, aunque suscitaban una comprensible inquietud en el Ministerio español de Asuntos Exteriores, deben interpretarse como un desesperado intento del líder libio por revitalizar el exangüe proyecto panarabista. Gadafi nunca se atrevió a romper el equilibrio de poder existente en el norte de África, de ahí que al mismo tiempo que fomentaba la subversión en Marruecos, Libia mantuviera contactos discretos con Rabat y llegase a ofrecer al rey Hassan II en 1975, tal como había hecho con Mauritania algunos años antes, tropas para liberar “su Sáhara”.

La inaplazable normalización del régimen de acceso a los fondos documentales del Ministerio de Asuntos Exteriores que se custodian en el Archivo General de la Administración, así como su imprescindible indexación, posibilitarán que futuras investigaciones arrojen luz sobre los aspectos de las relaciones hispano-libias, tales como la negociación y desarrollo de los convenios de 1974, que en el presente artículo han sido abordados empleando únicamente fuentes memorísticas o secundarias. Unas investigaciones que inevitablemente se extenderán al periodo histórico en el que Libia tras desafiar abiertamente a los Estados Unidos y patrocinar el terrorismo internacional, persiguió y alcanzó su readmisión en el concierto de las naciones para, en último término, sumirse en una guerra civil con decisiva intervención militar extranjera. Operación, asumida a la postre por la OTAN, a la que España contribuiría con medios navales y aéreos, y que propiciaría no solamente el derrocamiento de la Yamahiriya Árabe Libia Popular y Socialista, sino también la ejecución sumaria de quien rigió con mano de hierro los destinos de aquel país durante cuarenta y dos años.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FONDOS DOCUMENTALES

Archivos

Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco (AFNFF)

Archivo digital del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América; serie *Foreign Relations of the United States* (FRUS). Disponible en <https://history.state.gov/>

Fuentes hemerográficas

Hemeroteca Municipal de Madrid

Hemeroteca digital del diario *ABC*. Disponible en <http://hemeroteca.abc.es/>

Hemeroteca digital del diario *La Vanguardia*. Disponible en <https://www.lavanguardia.com/hemeroteca>

BIBLIOGRAFÍA

Convenio cultural entre España y Libia, Trípoli, 5 de mayo de 1959, Imprenta del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1962.

ALGORA WEBER, M^a Dolores: “La política exterior española y la política internacional: efectos sobre las relaciones hispano-árabes en la historia contemporánea”, en LÓPEZ GARCÍA, Bernabé y HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo árabo-musulmán. Diplomacia e historia*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 147-160.

DE PINIÉS, Jaime, *La descolonización del Sáhara: un tema sin concluir*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990

ESPADAS BURGOS, Manuel, *Franquismo y política exterior*, Ediciones Rialp, Madrid, 1988

JURADO ANAYA, Jesús, “La Libia de las masas. De la Revolución de septiembre a la Primavera Árabe”, Universidad Internacional de Andalucía, Foro de Investigadores sobre el mundo árabe-musulmán, 2011. Disponible en: <https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbnxmaW1hbWVzfGd4OmVjYzjkZjg3M2EyZDZiZQ>

JURADO ANAYA, Jesús “Estudios de caso de la política exterior española hacia el Mundo Árabe y Musulmán: Libia”, *Revista De Estudios Internacionales Mediterráneos*, n^o12, (enero-junio 2012), pp. 111-140. Disponible en: <https://revistas.uam.es/reim/article/view/876>

MARQUINA BARRIO, Antonio, *España en la política de seguridad occidental (1939-1986)*, Colección Ediciones Ejército, Madrid, 1986

NIBLOCK, Tim, “The Foreign Policy of Libya”, en HINNEBUSCH, Raymond y EHTESMANI, Anoushiravan (eds.): *The Foreign Policy of Middle East States*, Lynne Rienner Londres, 2002, pp. 213-233.

ORTEGA Y GASSET, José, *Una interpretación de la historia universal*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1989.

PARDO, Rosa, “El proceso de descolonización”, en OREJA AGUIRRE, Marcelino y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (coords.), *Entre la historia y la memoria. Fernando María Castiella y la*

política exterior de España, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 2007, pp. 83-134

ROBLES PIQUER, *Memorias de cuatro Españas*, Editorial Planeta, Barcelona, 2011

RONEN, Y, *Qaddafi's Libya in World Politics*, Lynne Rienner, Boulder, 2008

SAMMUT, D., "At Forty, the Libyan Revolution Finally Matures", *Mediterranean Politics*, vol. 14, nº3, (noviembre 2009), pp. 437-442

SCOTT, A.M., *Proceso a Gaddafi*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1976

SIMONS, G. *Libya and the West: from Independence to Lockerbie*, Oxford, Centre for Libyan Studies, Oxford, 2003

TUSELL, Javier (ed.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores* (Vol. II), UNED, Madrid, 1993.

URUBURU COLSA, Juan Manuel, *Libia y Europa: encuentros y desencuentros*, CantArabia, Madrid, 2014

VANDEWALLE, D., *Libya since independence. Oil and state-building*, Nueva York, Cornell University Press, Nueva York, 1998.

VANDEWALLE, D. (ed.), *Libya since 1969. Qaddafi's revolution revisited*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2008

VANDEWALLE, D., *A history of modern Libya*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.

VILLACIEROS, Javier, *Tres destinos*, Editorial Dossoles, Burgos, 2002

WRIGHT, John, *A History of Libya*, Hurst & Company, Londres, 1998.